

# Por qué estamos donde estamos

Por Alberto C. Pavón

Muchas personas no muy avisadas —que las hay en la Argentina en abundancia, como en todas partes del mundo— se habrán preguntado la razón por la cual a la inmensa mayoría de los hombres de gobierno de estos últimos cuarenta años le han salido tan mal las cosas. A esas mentes poco despiertas, influenciadas, por añadidura, por declamaciones demagógicas, puede hasta haberles parecido cierto que existe en nuestra contra una siniestra confabulación, especie de aquelarre internacional encabezado por empresas poderosas y países colonialistas, que se propuso conducirnos de frustración en frustración, enervando hasta tal punto las medidas de nuestros gobiernos que se acumularon sobre nosotros toda clase de miserias, calamidades e infortunios.

Nosotros, que no creemos en esas brujerías, comenzaremos por decir que en los cuadros de gobierno que se sucedieron en estas cuatro décadas no han faltado hombres con la intención de hacer las cosas bien, de llevar adelante a la Nación, de impulsar su progreso, de sacarnos de la estrechez y la pobreza.

Ha habido, es cierto, no pocos casos, con el peronismo adelante y a la cabeza, en que se dejó de lado todo propósito noble. En estos casos, la República, un fin en sí misma, fue abiertamente utilizada como un medio de lograr la espuria satisfacción de ambiciones personales de honores y de dinero. En esos períodos las clases dirigentes gobernaron en exclusivo para ellas, sin preocuparse por los resultados funestos que traerían la destrucción de las instituciones, el aniquilamiento de la iniciativa privada, la subversión de los valores morales y el desconocimiento de los principios básicos de nuestra organización civilizada.

Pero, aparte de estas etapas —ciertamente no tan breves—, ha habido, sin duda, gobiernos en que las determinaciones fueron honestas, los designios sinceros, las resoluciones tomadas con intención seria de llegar al más feliz de los resultados.

¿Por qué, entonces, estamos como estamos? ¿Por qué el ininterrumpido descenso? ¿Por qué el catastrófico fracaso?

Sin ambages ni eufemismos, diremos que estamos convencidos de que la culpable fue la ignorancia. Sí, la ignorancia que

provino del desconocimiento de principios elementales de las ciencias económica y política, de una suerte de ceguera intelectual de quienes manejaron la cosa pública, de una tozuda insistencia en un sistema aberrante que considera al Estado como omnisciente y capaz, por ello, de resolverlo todo. Hubo buenas intenciones, pero no bastaron ante una empecinada persistencia en el error, pese a que día a día el país todo nos iba mostrando el deterioro y se hacía más patente que estábamos en el camino malo, que nada podíamos esperar del estatismo, que nos precipitábamos hacia un abismo que se nos mostraba cada vez más hondo cuanto más nos empeñábamos en adentrarnos en el colectivismo.

Y no se crea que no hubo quien advirtiera del peligro. De todos los lados se levantaron de continuo las voces de advertencia. Se dijo una y mil veces, insistentemente y hasta el cansancio, que la concatenación de los fenómenos económicos y políticos, jugando a modo de fenómenos antecedentes y consecuencias necesarias, nos iban llevando, de eslabón en eslabón, hacia la ruina. Desde muchos foros donde todavía imperaba la cordura, se explicó que el exceso de los gastos del Estado exigía a los particulares esfuerzos tributarios que destruían las economías particulares, que la quiebra de esas economías individuales, al par que paralizaba a la Nación, imposibilitaba al pueblo para soportar nuevos gravámenes, que en esas condiciones, las áreas fiscales, exhaustas pero ávidas, obligaban al sector público a emitir cantidades siempre crecientes de dinero falso, que las emisiones bastardas aceleraban la velocidad de la caída en el tobogán inflacionario, que la inflación, a modo de círculo vicioso, aniquilaba nuestros ahorros, que sin ahorro no habría inversiones, que los índices de producción disminuían en forma alarmante, que todo iba mal, que la orgía estatizante nos conducía con la fuerza de lo irreprimible hacia regímenes cada vez más dictatoriales y hacia la pérdida consecuente de las libertades cívicas.

Y, sin embargo, nada se hizo para libranos del agobio colectivista. Salvo escasísimas excepciones —desgraciadamente, muy pocas e incapaces, por ello, de luchar contra la vorágine intervencionista—, nuestros hombres de gobierno, que disponían de los datos invalorables de la experiencia, que debieron, así, extraer de ellos

las conclusiones de buen juicio que los desengañaran de las posibilidades del Estado empresario, descreyeron de la ciencia y porfiaron en un centralismo paralizante, a pesar de lo que se les decía, a pesar de lo que se vislumbraba y a pesar, sobre todo, de lo que la realidad del mosaico social les estaba mostrando a cada instante.

Diremos con Bastiat que esos gobiernos procedieron con un inmenso pecado de orgullo. Teniendo ante sus ojos las verdades de la ciencia que les revelaban la vigencia inexorable de las leyes naturales a que Dios sujetó las relaciones de los hombres económicos, las desconocieron para imponer su propio sistema que creyeron, en su soberbia, mejor que el del Creador mismo. Y entonces suplantaron el impulso de progreso que viene de las ambiciones personales por descabellados intentos de empresas estatales, impersonales e indiferentes, que se sustituyeron por la fuerza y con los resultados conocidos, a la obra fecunda de la iniciativa privada. Y desconociendo, también, la naturaleza del hombre, hecho para vivir en libertad aun dentro de la sociedad que integra, lo sometieron a excesos normativos esclavizantes que terminaron por anular la capacidad creativa individual que aseguraba por sí sola el crecimiento.

Y se siguieron los déficit terribles de los presupuestos oficiales, la paralización de nuestros mercados, nuestro estancamiento ante el mundo libre que proseguía sin pausas su desarrollo con el auxilio inestimable de los nuevos recursos de la técnica.

Así estamos. Endeudados hasta el extremo, sometidos a controles de nuestros acreedores, obligados a mendicantes pedidos de refinanciaciones, detenidos en el avance, sin acción y sin fuerzas, enfrentados a dificultades cada vez mayores hasta para procurarnos lo indispensable para la simple subsistencia.

Y sería una enorme tontería el culpar de nuestros males a un destino desgraciado o a maldades de conjuras. Es el estatismo, la colectivización asfixiante, la hipertrofia de un Estado insostenible, el único culpable del desastre. Y es, además, la locura de algunos de los últimos gobiernos y la ignorancia culpable de la inmensa mayoría de los otros, lo que hizo posible la instauración de ese sistema.